

*
* * *

Eran verdaderamente héroes dignos del sitio y de la ocupación. El que parecía jefe, frisaba en los cuarenta años: bajo de cuerpo, pero fornido; la cabeza grande, hombros subidos hasta las orejas y piernas arqueadas, con dos musculosas pantorrillas; desde la frente á los piés, todo ancho, corto, chato, parecido á un gigante remetido ó embebido dentro de sí mismo y que se hinchara tanto, cuanto se había acordado; negro, barbudo, bigotudo, cabelludo; de suerte que no se percibía piel sin vello más que en dos dedos de frente y en dos recortes de mejillas y en las palmas de las manos.

De los otros tres, dos parecían hermanos: tenían la misma frente angosta, la misma nariz remangada, los mismos ojos astutos, la misma boca sin labios, corva, en forma de semicírculo, vuelta hacia arriba, y la misma barba aguda y sin pelo; ambos pequeños y nerviosos. Los tres tenían en los ojos ese no sé qué de disimulo, de picaresco, de lúbrico, de fanático, que imprime carácter de monstruosa extravagancia en tales naturalezas, mixtas de superstición y ferocidad, de valor temerario y de despreciable bellaquería. Ni

asomo de esbeltez aparecía en aquellos cuerpos, todos caídos de riñones y encorvados, y en sus movimientos se notaba algo, como en el gesto y en el paso, y hasta en sus ímpetus de ira, algo de la lijereza muelle del tigre.

Llevaban sombrero de catite, altas botas y chaqueta ancha abierta por delante; y entre la chaqueta y los calzones, salía alrededor ahuecándose un asomo de camisa contenida por ancha faja azul. El cuarto bandido, que parecía el más jóven, tenía más humano rostro; era también pequeño y barbilampiño, como los dos que parecían hermanos.

—Ahora—dijo el capitán cuando concluyó de registrar la balija—es menester poner arriba los despojos; después comeremos un bocado, y luego..... ¡nos las veremos!—añadió mirando al guardia.

Los dos hermanos se acercaron á éste, y uno le desató los brazos, mientras el otro le tenía puesto el puñal delante del pecho. Los dos brazos desatados, cayeron entumecidos, como brazos de un cadáver.

—Fuera el uniforme—dijo uno de los bandidos.

El guardia civil lo miró y estuvo algunos momentos perplejo, con la frente arrugada y un labio apretado entre los dientes.

El bandido más jóven, lo miraba con tristeza.

—Tú—dijo á éste el jefe, que estaba sentado cerca de la puerta—vé á tu puesto.

El jóven, como obedeciendo á una órden habitual, subió la escalerilla desde donde uno de los bandidos

había visto venir la compañía: apoyó los codos sobre el parapeto, colocó el rostro entre las dos piedras, y permaneció inmóvil.

—Fuera el uniforme—repitieron los dos bandidos, alzando ámbos á la par la mano.

—Dale una bofetada que le deje los dedos señalados—gritó el jefe.

El guardia civil se estremeció como si le hubiesen punzado en una llaga; después inclinó la cabeza en ademán resignado, y se quitó el uniforme. Los dos bandidos lo cogieron: registraron en los bolsillos, en las mangas, en todas partes: después lo echaron debajo de un camistrajó. Uno de ellos registró todavía al prisionero en los bolsillos de los pantalones, y dijo al capitán:

—¡Nadal!

—¡Maldito sea!—respondió éste—atadlo al hierro.

Los dos verdugos ataron al guardia con las manos enlazadas á la espalda, á un grueso gancho fijo en una de las estacas interiores de la cabaña. El infeliz estaba blanco como la cera, y le chocaban los dientes con el temblor de la fiebre.

Los tres bandidos sacaron de los huecos de la pared algunas provisiones de boca, y se sentaron en tres piedras, empezando á comer y á hablar tranquilamente, con aquella conversacion interrumpida y á medias palabras, propia del que piensa más en lo que come que en otros asuntos de los que preocupan en la existencia.

—¿Has oído la noticia de Casalvecchio?

—¿El negocio de Don Alejo? (1)

—¡Bah, 200 ducados de contribucion!

—¿Pagados?

—Pagados en dinero contante y sonante.

—Y trescientos ducados al Síndico (2).

—¡No está mal! Entre él y su hermano tienen grandes posesiones. A lo largo del Fortore, por espacio de dos millas, todo es de ellos.

—Pero lo mejor ha sido en Biccari: seis caballos, cinco fusiles, mil ducados y ocho sacos de queso, de un solo golpe.—Aquí tiró una cáscara de naranja encima del guardia civil, diciendo:

—¡Eh!

—He oído—replicó otro—que ha sido serio lo de Ceriñola...

—Entre la partida de Salvador Codipietro y los Piamonteses. Fueron cogidos de improviso. Ha sido un espía del alcalde. Siete presos.

—¿Con el jefe?

—No.

—¿Fusilados?

El bandido hizo signos afirmativos.

—¡Por vida de la Virgen!—exclamó el otro, y se volvió hácia el guardia civil:—Has escuchado ¿eh? Pero tomaremos la revancha, no lo dudes. Ha de

(1) En Italia se llama siempre de *Don* á los curas.

(2) El Alcalde.

llegar el día que, de cada árbol del campo, colgarán las tripas de un piamontés (1).

—Al tiempo.

Y tragó un vaso de vino.

—Mira—dijo otro señalando el guardia civil á su compañero—está pensativo.

—¿En qué piensas?—preguntó el jefe chupándose los bigotes.

—¿En tu madre?—volvió á preguntar el primero.

—Dónde la dejaste?

—Veamos.

Y se volvieron los tres á mirarlo. El pobre jóven, de centinela en el parapeto, bajó los ojos, estuvo un poco así y despues los volvió á abrir grandes y húmedos, y miró á lo lejos del lado allá de los montes.

Los tres bandidos se rieron.

—Pero lo mejor, dijo uno—es que no habla...

¿Qué será? .. ¿Soberbia?...

—Modestia—respondió el otro con una risotada.

—Miedo—añadió el capitán.

El guardia civil sacudió la cabeza como para decir que no.

—¡Ah! ¿no?—exclamó el bandido poniéndose de pié; ahora lo veremos.—Y despues á los dos compañeros con mirada resuelta:—Este iba á llevar alguna

(1) El pueblo bajo llamaba á la sazón *piamonteses* á todos los defensores de la unidad de Italia, por ser el pequeño Reino del Piamonte el que comenzó la obra de la unificación.

órden para hacernos cojer en el nido. Hemos perdido también demasiado tiempo. Hagámoslo vomitar.

—Hagámosle vomitar—respondieron los otros levantándose.

El guardia civil se estremeció y levantó la cabeza con la actitud del que dice—Estoy preparado.—Los tres bandidos se pusieron delante. Quien hubiese observado en aquel momento al jóven que estaba acechando, lo habría visto temblar como la hoja en el árbol y volverse adentro, poco á poco para no ser descubierto, con la cara blanca de terror. El capitán lo advirtió y le hizo señas con un gesto imperioso de que atendiera á su deber.

—Conque—se apresuró á decir el jefe, volviéndose al guardia civil, con acento que no admitía dilación—¿de dónde venias?

El prisionero arrugó el entrecejo y se fijó en el bandido con mirada profunda que anunciaba una voluntad más resuelta que la suya, y no respondió.

El bandido, sin decir más, le dió un puñetazo tan fuerte bajo la barba, que se oyó un crujido como si le hubiese roto los dientes.

—¿Responderás ahora?

El guardia bajó la cabeza, y dejó correr la sangre que le llenaba la boca; despues levantando los ojos á la cara del bandido, con expresion de imperturbable altivez hizo signos negativos.

El bandido se mordió los labios y cambió una sonrisa forzada con sus compañeros; despues, con toda

calma, metió la mano en el bolsillo, sacó una navaja, la abrió, desgarró la camisa del guardia y le puso la punta de la hoja bajo la nuez... La víctima hizo un movimiento convulso como si la hoja estuviese ya dentro.

—No haya miedo,—murmuró el bandido; é hizo escurrir el cuchillo, lenta y ligeramente, desde el cuello hasta la cintura, como habria hecho sobre una mesa para trazar una línea. Sobre el pecho del desgraciado, apareció una larga lista roja, semejante á ligera cortadura de una navaja de afeitar, que pronto se borró bajo las gotas de sangre que brotaron: y las gotas se deslizaron hácia abajo como lágrimas, destilando por dentro y por encima de la ropa, hasta el suelo.

—¡Ah, ah!—gritó con voz brutal el jefe:—lo empujas á ver, ¿eh?

—¡Mira, mira como corre!—repuso el otro.

El bandido jóven á que antes aludimos se cubrió la cara con las manos.

—¿Hablas ahora?—volvió á preguntar el jefe.

El guardia civil, miró correr la sangre; después levantó la cabeza, fijó los ojos en la cara del bandido, y con la misma expresion de la primera vez hizo signo negativo.

Los tres asesinos se miraron á la cara con más aire de asombro que de ira.

—Pero ¿quieres, pues, morir, imbécil?—gruñó el capitán, poniendo su cara frente á la del guardia, de

manera que casi la tocaba, y amenazándole con el puño cerrado junto á la mejilla.—¿No ves que estas aquí en nuestras manos, solo, y que te podemos reventar como á un perro? ¿Qué esperas? ¿Que vengan á librar-te? ¡Dí alguna cosa! ¡Haz oír tu voz! ¡Echa fuera alguna palabra al ménos!

El guardia permaneció mudo é inmóvil.

Presa de un acceso de rabia, uno de los bandidos levantó el cuchillo; pero el capitán le detuvo el brazo, diciendo:

—El cuchillo nó—y agarró un fusil.—Es menester probar con esto—y levantada el arma del suelo, le golpeó con la culata de la misma los piés, con tanta fuerza que los huesos crugieron; el desgraciado lanzó un agudísimo lamento y se contrajo todo como presa de la epilepsia. Mas, casi en el mismo instante, sacando fuerzas del dolor, golpeó el pie ofendido en tierra, levantó la cabeza y gritó con un rugido.

—¡Nó!—Los tres bandidos á la par lo agarraron por el cuello y estaban para hacerle saltar los ojos de la cara; cuando el jóven que hacía de centinela, resuelto y con la audacia del horror que no podia vencer, gritó con voz y rostro de demente:

—¡Eh! ¡Matadlo de una vez, por Dios! Pegadle un tiro en la cabeza. ¿De qué sirve hacerle padecer tanto?

Los tres bandidos, sorprendidos más de la audacia que de sus palabras, se volvieron á mirarlo con ade-

man de asombro; pero fué un asombro pasajero. El jefe se arrojó sobre el temerario jóven, y con un puñetazo en la nuca le golpeó la cabeza sobre las piedras. El jóven aturdido, volvió á tomar, sin decir palabra, la actitud del principio; pero en el mismo instante en que miraba abajo, por el flanco del monte, hizo un ligero movimiento de sorpresa, se echó más adelante y quedó inmóvil, con los ojos fijos.

El jefe de los bandidos, no lo advirtió y volvió hácia la víctima. Estaba lívido, le rechinaban los dientes y temblaba; sus mismos compañeros lo miraban con espanto. Puso una de sus grandes manos sobre la cabeza del guardia civil, alzó la otra con el índice derecho en actitud de amenaza, y mirándolo desoslayo con los ojos inyectados en sangre, murmuró con voz ahogada:

—Oye... En mal hora has tenido la idea de burlarte de mí... Tú no sabes quién soy yo... Yo he hecho erizarse el cabello á gentes que tenían más hfgados que tú... Tú no tienes idea de lo que soy capaz de hacerte sufrir... Soy capaz de darte de puñaladas hasta mañana, sin quitarte la vida... reduciéndote á que no conserves figura humana... de saltarte los ojos de la cara... ¿Sabes lo que ha sucedido á los otros?... ¡No me pongas á prueba!.. Dí lo que sepas, ántes de que se me suba la sangre á la cabeza...

Al pronunciar la última palabra, le quitó la mano de la cabeza, se la miró; en la mano tenía un puñado de cabellos. Despechado, le tiró á la cara aquella ma-

raña de pelo, parte de la cual se quedó adherida á la boca, aún sanguinolenta, del guardia.

Éste, por librarse del asco, escupió.

Los bandidos tomaron aquel acto como un desprecio, y no se contuvieron más.

Lanzando los tres un aullido de rabia, inclinando la cabeza, torciendo los ojos, se abalanzaron encima como tres fieras, y empezaron con las puntas de los puñales, con las uñas, con los dientes, con las rodillitas, con los piés, á torturarlo, precipitadamente y en silencio; ora uno, ora otro, parando un momento para tomar aliento, y diciéndose los unos á los otros:

—¡Poco á poco! con objeto de procurar no matarlo,—y machacaban, herian, mordían, y caían en tierra gotas de sangre, pedazos de camisa, mechones de cabellos; y no se oía más que la respiracion agitada de los tres verdugos, y el ruido de los puñales que chocaban, y el quejido comprimido de la heroica víctima, del héroe mártir; estaban ciegos, ébrios, embrutecidos: no parecían ya tres hombres, si no un mónstruo de tres cuerpos enroscado á un hombre presentaban el aspecto de todo lo que puede haber junto de espantoso: ¡la demencia, la vileza, la ferocidad!

—¡No le mateis todavía!—empezó á gritar el jóven con grande afán, volviendo y revolviéndose rápidamente, ora hácia los bandidos, ora hácia el campo, y levantando poco á poco la voz, como si quisiera cubrir un rumor que se acercaba.—¡No lo mateis.

todavía! ¡Esperad! ¡Lo dirá todo! ¡Si lo matais, no sabreis nada! Ha hecho señas de que quiere hablar. Despues lo matareis. Yo le daré una puñalada en el corazon si vosotros no quereis dársela. Guardad los puñales. Pegadle solamente con el puño. ¿No veis que se muere?

Sin dejar de gritar, echó una ojeada fuera, cerca, al pié del baluarte: despues saltó en medio del cercado, y mudando de un golpe cara y entonacion de voz, gritó con acento de inexplicable desprecio:

—¡Ah! ¡Tunantes! ¡Tres contra un moribundo!

—¡Maldicion!—gritó el jefe de los bandidos, lanzándose con el puñal alzado contra él.

—¡Es tarde!—respondió éste con un estremecimiento de alegría; y señalando la puerta gritó:

—¡Mira!

En el mismo instante en que los otros dos bandidos advertidos por las palabras del jóven, echaban precipitadamente y con rabia un amplio capote sobre la víctima, y mientras el jefe agarraba el fusil para arrojarlo contra el enemigo misterioso que avanzaba, se oyó un estrépito de armas, de pasos, de voces; brillaron bayonetas y cañones de fusil delante de la puerta, sobre la fábrica, sobre lo alto de la roca; y se precipitó dentro una muchedumbre de guardias civiles, que en un relámpago rodeó, oprimió, desarmó y tiró á tierra cuanto encontró en el recinto.

Siguieron algunos momentos de silencio, durante

los cuales no se oía más que la respiracion fuerte y frecuente de los guardias civiles afanados.

—¡Socorred al moribundo!—gritó de pronto el jóven bandido, que estaba arrodillado delante de ellos, como los otros, con las manos apoyadas en el suelo, bajo la bayoneta de un guardia civil.

—¡Qué moribundo!—preguntó el capitán adelantándose lleno de polvo y jadeante.

—¡Allí, en el rincon!—respondió el jóven señalando.

Todos se volvieron á mirar: ninguno comprendia nada.

—¡Bajo el capote!—repitió el bandido.

El capitán, seguido de las miradas de todos, se aproximó, agarró el capote y lo tiró al suelo. Un grito general de espanto resonó á la vista de aquel horrible espectáculo. El infeliz prisionero, arrodillado en tierra, con los brazos atrás y la cabeza colgando sobre el pecho, estaba lívido y cubierto de llagas y sangre, que parecia desollado y hacia esfuerzos por levantar la cabeza.

—Desatadlo al momento—gritó el capitán. Dadle de beber!

Tres guardias civiles acudieron, lo desataron, lo sentaron y empezaron á examinar las heridas: los otros, ciegos de ira, golpeaban á los bandidos con la culata de los fusiles.

—¡Abajo las armas!—gritó el capitán.—Y despues, volviéndose hácia el bandido jóven:

—¡Habla tú!

El guardia civil que lo sujetaba, le permitió ponerse de pié.

—¿Cuándo fué preso ese hombre?—preguntó el capitán—dí la verdad antes de morir.

—Ese hombre—empezó el jóven con voz agitada, temblando aun de horror y de espanto,—ese guardia civil... lo han cojido esta mañana... lo han conducido aquí... lo han atado... querian que hablase... él no queria... no habló... se le subieron encima... ¡yo lo he visto! ¡Dios mio! ¡Dios mio!

—¿Pero tú quién eres?—gritó el capitán arrancándole el sombrero.

Todos se volvieron y exclamaron:

—¡Una mujer!

—¡Sí!—gritó ésta como una insensata—soy una mujer... me han secuestrado... hace quince días... me pusieron el cuchillo en el cuello... me han llevado con ellos... Pero yo no me he manchado las manos de sangre, ¡no! ¡Lo juro! ¡Los acompañaba solamente porque no me mataran! Soy de San Severo... soy una pobre aldeana.

—¿Por qué no has tirado un tiro en la cabeza á uno de ellos?

—No he tenido valor... me habrian puesto en el suplicio... ¡Es preciso ver lo que hacen!... He creido volverme loca. Si hubiéseis visto... Pero él (y señalaba el herido), él ha sido un Dios... lo ha sufrido todo... ¡no ha dicho una palabra! ¡ni una palabra!

—¡Arrastrad esos bellacos á los piés de su víctima!—exclamó el capitán.

Los guardias civiles arrastraron á los tres bandidos delante del herido á quien le habia sido vendada la cabeza con un pañuelo que casi le cubria la cara.

—¡Estoy yo aquí!—gritó el capitán, inclinándose: hácia el infelíz, que empezaba á dar señales de vida—¡Estás salvado! ¡Estás en medio de todos tus compañeros! ¡Ten valor! ¡Mira! ¡Tus asesinos están arrojados delante de tí!

El guardia civil levantó lentamente la cabeza y se estremeció. Despues extendió una mano, la colocó sobre la cabeza del jefe de los bandidos, la retiró, sonrió con la boca ensangrentada, echó la cabeza adelante y le escupió sobre la faz.

—¿Qué es esto?—preguntó el capitán, recogiendo una cosa blanca y blanda que le habia parecido ver caer de la boca al desgraciado.

—La... respuesta... para... el coronel...—contestó el herido con un hilo de voz.

—¿Al coronel de San Severo? ¡Mi respuesta! ¿La que yo te hé dado esta mañana?

El guardia hizo señales afirmativas.

El capitán se arrojó sobre él, le puso un brazo alrededor del cuello y lo besó en la frente; despues se levantó y gritó á sus soldados:

—¡Inclináos delante de este valiente, muchachos. Llevaba al coronel mi carta que avisaba nuestra marcha, la hora y el sitio adonde íbamos; si los bandidos

la leñan, se salvaban; se la metió en la boca y no habló por no hacerse traicion y sufrió el tormento en silencio! ¡Es un héroe! ¡Es un mártir! ¡Es un alma grande!

—¡Sí!—gritaron todos los guardías, con voz que salía de lo más profundo del corazón.

—¡Besádle los piés, bellacos!—gritó el capitán á los bandidos.

Uno tras otro, arrastrándose por el suelo como reptiles besaron los piés del herido.

—¡Capitan!—gritó entonces la mujer, mirándolo con ojos de loca:—Yo pude dar la señal, cuando vosotros venfais... No la dí... Os dejé llegar... Hacedme un favor en compensacion... Yo soy una mujer perdida. Yo no puedo volver á mi casa ya... ¡Hacédme fusilar con ellos!

—¡Nó!—Gritó con un supremo esfuerzo el herido. Todos se volvieron.

—Nó—continuó el infeliz con voz ronca, extendiendo una mano sangrienta hácia la mujer,—todavía puede hacer una obra de misericordia...

—¿Cuál? ¡Decid, Dios mio! Lo pido por caridad!—gritó la mujer, arrojándose á sus piés con las manos juntas.

—...Acompañarme—murmuró el infeliz.

—¿A dónde?—preguntó la mujer.

—¡Por todas partes!

Todos se miraron asombrados.

—¿Qué quereis decir?—volvió á preguntar la mujer.

—No lo habeis visto todo... mis heridas—respondió el guardia civil.—¡Mirad!

Y levantó el pañuelo que le cubria la frente.

Todos se acercaron con ansiedad, miraron y lanzaron un grito desgarrador de horror y de lástima. ¡El desventurado estaba ciego!

—¡A la muerte!—aullaron entonces los guardias golpeando á los bandidos con los fusiles y á patadas.—¡A la muerte!

La voz del capitán no bastaba á dominar el tumulto; los guardias civiles se precipitaron fuera, arrastrando á los asesinos.



—¿Harcis... esta obra... de misericordia?—preguntó el herido á la mujer cuando quedaron solos.

—Esta alzó los ojos al cielo y dijo:—¡Mi vida es vuestra!

Entonces se estrecharon las manos, y una atronadora descarga, que estalló allí abajo en el valle, pareció saludar el nobilísimo pacto, que una desde hace diez años la mujer piadosa al héroe!

